

chile

desafío

y

respuesta

chile: desafío y respuesta chile: desafío y respuesta

chiles

desatio y

respuesta

NUESTRO LLAMADO

Chile está enfrentado a una definición. Y esta definición imprimirá carácter a los próximos cincuenta años de nuestra historia.

Chile debe definirse entre ser fiel a sí mismo, a su tradición de libertad y de derecho, a su sentido nacional y a su altiva independencia, o caer, por el contrario, en la órbita comunista, en el totalitarismo que aplasta al pueblo, en el colectivismo que anula la personalidad.

Esta definición no puede ser eludida por acomodos o cobardías. Debe aceptarse y debe enfrentarse con resolución.

Pero ésta no es sólo la lucha de un partido. Es la lucha de todos los que creen en Chile, de todos los que aman a Chile. Este no es un compromiso político; es un compromiso con la Historia y con nuestros hijos, a quienes debemos legar una Patria independiente y soberana y una posibilidad de vivir en libertad y dignidad.

El Partido Nacional llama a los chilenos a participar en esta tarea, y a vencer la sensación de inferioridad y de fracaso, que lleva al

país a vivir del socorro extranjero, a entregarse a ideologías foráneas y a sustituir el trabajo y el riesgo personal por un estatismo deprimente.

El Partido Nacional llama a las mujeres de Chile a unirse a este movimiento de renovación en el que tienen un lugar de responsabilidad y de servicio. Ellas son el fundamento de la Patria y gracias a su esfuerzo, abnegación y sacrificio, el país no ha sufrido mayores desquiciamientos sociales y morales.

El Partido Nacional llama a la juventud, para dar a Chile un nuevo espíritu, que destierre el egoísmo, el acomodo conformista y las actitudes temerosas o negativas. Corresponde a la juventud, idealista y generosa, derribar los sistemas caducos para construir, sobre sólidas bases chilenas, un nuevo destino nacional.

I.- UNA NUEVA EPOCA

Más que una época de cambios, vivimos un cambio de época. Es un privilegio y una responsabilidad, reservada a muy pocas generaciones a lo largo de la Historia. Estamos al fin de un mundo, del mundo que nació con la Revolución Francesa y que culmina con el intento comunista de suprimir la libertad y la dignidad humanas.

Con la Revolución Francesa un pueblo trató de liberarse del absolutismo monárquico; al final de esta era se ha tratado de imponer a todos los pueblos un nuevo absolutismo más odioso y más denigrante, porque es la tiranía anónima de un partido y de un sistema.

El comunismo no es el mundo nuevo; es sólo la última etapa de una edad ya vivida y de una época que expira.

El mundo verdaderamente nuevo se inicia en nuestro tiempo con la rebelión del hombre libre; del hombre que busca independencia y reclama identidad; del hombre que se resiste a ser cifra porque quiere ser persona; del hombre que busca instancias espirituales; del hombre que necesita seguridad para vivir, estabilidad para trabajar y libertad para pensar.

Es, pues, una actitud retrógrada sostener que la humanidad tendrá que elegir entre capitalismo y comunismo. Lo más probable, y lo más lógico, es que cada país adopte un sistema de vida y de desarrollo acorde con sus propias características, sus necesidades y sus posibilidades, sin aceptar ni aplicar fórmulas anacrónicas o teorías que distorsionen su realidad y que, al ser impuestas por la fuerza, provoquen su miseria moral y su atraso material.

Tampoco es cierto que el sentimiento nacional haya sido supeditado por el imperialismo o el internacionalismo proletario. Después de dos guerras mundiales, a más de un siglo del Manifiesto Comunista, y a 50 años de la revolución rusa, el sentimiento de nacionalidad está vivo y pujante, y estimula la lucha por la independencia de todos los pueblos del mundo, también dentro de la órbita soviética.

Para entender este mundo nuevo, donde cada pueblo lucha por su libertad y su identidad, es conveniente recordar los aspectos fundamentales de las ideas y sistemas declinantes —capitalismo y comunismo —y medir hasta dónde ellos obstaculizan el camino hacia el futuro.

II.— CAPITALISMO

El capitalismo individualista se fundamentaba en la idea de que al luchar por satisfacer sus ambiciones e intereses personales, el individuo era el factor determinante del progreso de la sociedad. En esta lucha había algunos mejor situados o capacitados para vencer. Otros, por falta de oportunidades o de capacidad, no lo-

graban prosperar, generándose así desigualdades e injusticias. El trabajo era considerado como una mercancía que se compraba o se rechazaba según la conveniencia de los propietarios de las industrias. Cuando había más oferta que demanda de trabajo, se producían bajas de salarios y grandes focos de cesantía y miseria.

El hecho de que, en su época, el capitalismo individualista haya impulsado la industrialización y en algunos países mejorado los niveles de vida de los pueblos, no justifica su falta de sentido social, su desconocimiento de los valores espirituales, ni la exaltación del afán de lucro como incentivo fundamental de la existencia humana.

Evolución del capitalismo

Nadie puede desconocer hoy que el capitalismo ha evolucionado. Los Estados promulgaron leyes para proteger los derechos de los trabajadores y resguardar el bien común. La propiedad se extendió a vastos sectores, formándose la "clase media", sector social cada vez más amplio y mayoritario, que no puede clasificarse según las teorías que pretenden dividir la sociedad en sólo dos sectores irreconciliables: capitalistas y proletarios.

Actualmente, la realidad social de los países occidentales es muy distinta de la que existía en el siglo XIX. Las estructuras económicas son también diferentes. El traspaso de actividades fundamentales a manos del Estado ha dado origen a un sistema de economía mixta, donde éste y los particulares complementan su aporte al desarrollo y al progreso.

Erradamente se usa todavía el término "capitalismo" para designar un sistema económico de propiedad privada y libertad de trabajo. Naturalmente, nada de esto tiene que ver con el "capitalismo individualista". Con esa denominación quiso señalarse el aspecto negativo de la naciente economía industrial, donde antes de dictarse una legislación adecuada, predominaba el capital-dinero sobre la técnica y el trabajo.

En países que siguen denominándose "capitalistas", el trabajo tiene garantías y participación, y el Estado redistribuye la riqueza a través de los tributos que percibe y de los servicios que proporciona a la comunidad. La dirección de las empresas no está entregada a los propietarios del capital, sino a economistas, ingenieros y técnicos, que son la expresión más evolucionada de la capacidad de trabajo.

Sin embargo, la sola eficiencia de las estructuras económicas no basta para lograr la estabilidad interna y la unidad de propósitos de un pueblo. Subsisten la discordia y la inseguridad. Los intereses y ambiciones de los individuos y grupos de presión amenazan con destruir las instituciones por la violencia de su enfrentamiento.

Falta un principio o elemento integrador, capaz de unir a los individuos y a los grupos por encima de sus intereses y ambiciones. De esta manera, a pesar de su evolución positiva, el capitalismo representa una etapa superada en el desarrollo histórico, ya que su contenido esencialmente materialista no alcanza a satisfacer las exigencias espirituales del hombre.

Las estructuras económicas, por importantes que sean, no son en última instancia el factor determinante en la vida de las naciones.

III.- MARXISMO

La teoría

Como réplica al capitalismo individualista, pero partiendo de la misma concepción materialista que caracterizaba a aquél, Marx y Engels elaboraron, a mediados del siglo pasado, las bases teóricas del sistema comunista, denominado también "marxismo".

Sin embargo, su "concepción materialista de la Historia" tiene la misma característica anti-espiritual de la concepción capitalista. Los valores del espíritu vienen a ser para el marxismo sólo fenómenos de "superestructura", vale decir, simples emanaciones superficiales de las relaciones económicas, que serían las únicas que, en definitiva, condicionan la vida de los pueblos.

Las contradicciones económicas y la lucha de clases que ellas provocan constituyen, según el marxismo, los factores determinantes de la trayectoria entera de la Humanidad. Marx vaticinó que en las naciones industriales la riqueza se concentraría paulatinamente en pocas manos, y que las grandes masas lanzadas a la miseria se rebelarían contra el sistema, derrocarían el poder burgués y establecerían la dictadura del proletariado.

La colectivización de los medios de producción pondría término a las injusticias generadas por el capitalismo. Colectivizada la propiedad, los frutos del trabajo se distribuirían entre todos de acuerdo a sus necesidades, con lo que desaparecerían la miseria y la violencia.

Las teorías marxistas desconocen, rechazan o niegan la influencia decisiva de otros estímulos, distintos de los apetitos económicos. Para los marxistas sólo existe la lucha del hombre por satisfacer sus necesidades materiales.

Pero en la sociedad ocurre lo mismo que en el organismo humano: la nutrición es indispensable, como lo son las demás funciones orgánicas. Sin embargo, en cuanto el hombre es capaz de pensar, el espíritu establece su predominio en la conducta y las aspiraciones humanas.

La economía es sólo una de las actividades del hombre, y por grande que sea su importancia no puede en manera alguna edificarse exclusivamente sobre ella una estructura social sólida y estable. Hay fuerzas morales que son más poderosas y decisivas en la orientación del mundo que las fuerzas materiales, y en el seno de todo pueblo intrínsecamente sano palpita una concepción espiritualista

de la vida que es más potente que la aspiración materialista a un mero "bienestar" individual.

La práctica

En todos los países en que el comunismo ha llegado a tener influencia, ha demostrado ser incompatible con la libertad y la dignidad de las personas. Su prédica de odio y enfrentamiento clasista destruye, además, toda posibilidad de unidad nacional. Su propósito de imponer la dictadura del proletariado significa la destrucción de la clase media, que es, generalmente, el factor más dinámico en el desarrollo económico-social.

El rígido control de todas las actividades económicas, que el comunismo propicia, implica la pérdida de la libertad de trabajo, del derecho a huelga y de las demás conquistas sociales de los trabajadores. Al mismo tiempo, el centralismo burocrático anula la iniciativa creadora personal, elemento fundamental del crecimiento económico.

En la práctica, el poder político y los bienes de producción no pasan a manos del "proletariado", sino que son manejados por una minoría, que los utiliza para adueñarse del Gobierno y suprimir la libertad y la posibilidad de disentir. En los países sometidos a regímenes marxistas surge así una nueva clase que explota a los trabajadores: la clase de los burócratas políticos y comisarios del Partido.

El marxismo practica una moral y una táctica acomodaticias, utilizando el engaño y la desinformación como elementos de propaganda, y llegando al crimen masivo y premeditado no sólo para suprimir a sus enemigos sino, además, para mantener la unidad y la disciplina del movimiento comunista internacional dirigido desde Moscú. Al respecto, cabe recordar las purgas internas en la Unión Soviética y en los países satélites; los campos de concentración y trabajo forzado; los asesinatos de Trotzki y Masarik; las masacres de trabajadores húngaros, polacos y alemanes.

Los comunistas se presentan como campeones de la libertad y defensores de la cultura y los derechos de los trabajadores. Pero, cuando logran conquistar el poder, liquidan drásticamente toda posibilidad de oposición o crítica, internan en "sanatorios" a los escritores que no se someten, y suprimen las huelgas y toda manifestación de protesta de los trabajadores.

Algunas medidas extremas como el muro de Berlín, la represión en Hungría y la ocupación militar de Checoslovaquia, nos dan una idea de la gravedad de las tensiones internacionales que surgen entre los países de la órbita comunista. Y no se siga afirmando que el imperialismo es "la última etapa del capitalismo", porque todos hemos presenciado la conducta imperialista de la Unión Soviética. Así, pues, no sólo las profecías de Marx quedaron sin cumplirse; tampoco las esperanzas de paz, libertad y felicidad se han realizado en el mundo comunista.

Sus métodos: El odio como motor

Son diversos los métodos de lucha que utiliza el comunismo para alcanzar sus propósitos. Uno de los más eficaces es azuzar la lucha de clases. Con el pretexto de perseguir beneficios para los trabajadores, se excitan hasta el extremo las tensiones sociales, provocando la quiebra de la unidad interna y la destrucción de las instituciones del Estado.

Otro de sus métodos es la lucha generacional: lanzando a los hijos contra los padres, se destruye el concepto de familia, que es la base de la organización de la sociedad.

El odio es, pues, el motor de la ideología marxista. El propio Che Guevara lo reconoció así, cuando dijo: "Si, el odio como factor de lucha. El odio intransigente al enemigo; que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar". Y agregaba: "Las masas no piensan... La función de todo estratega de la

revolución es la de aprovechar al máximo todas las ventajas que este principio ofrece. La propaganda revolucionaria debe planificarse con el propósito de desarrollar el odio en las masas. Tenemos que inculcarles el odio contra todo aquello que se oponga a nuestros planes, porque las masas son más receptivas a la prédica del odio que a las ideas abstractas". Y terminaba: "Tenemos que convencerlas de que el fracaso de ellas (las masas) en el progreso de su país tiene un sólo culpable y que éste es el imperialismo yanquee. Hay que hacerles ver que las oligarquías nacionales son cómplices del imperialismo. Las masas aprenden, así, a odiar a los americanos y a las clases dirigentes nacionales...". (1).

Su moral

La estructura mental del marxista es diametralmente opuesta a la estructura mental occidental. En efecto, mientras nuestra lógica mental es de tipo "metafísico" (es decir, creemos en la existencia de ciertos valores espirituales permanentes e inmutables, tales como la libertad, la dignidad humana, los derechos del individuo, etc.), la lógica mental del marxista es de tipo "dialéctico", esto es, considera que la realidad está en perpetua transformación (tesisantítesis-síntesis, indefinidamente) y rechaza la existencia de valores o conceptos permanentes e inmutables.

De lo anterior se desprende una conclusión fundamental: mientras nuestra moral se basa en principios sólidos e inmutables, la del marxista es una moral de situación. Esta moral le permite, en nombre de una realidad en perpetuo cambio, modificar las reglas del juego cada vez que lo considere útil a su causa. En consecuencia, mal podemos creer en las promesas o garantías del marxismo, toda vez que lo que hoy es bueno para ellos, mañana puede dejar

⁽¹⁾ Mensaje del Che Guevara a la Tricontinental, 1967.

de serlo. El caso de los comerciantes minoristas cubanos confirma lo expuesto: Fidel Castro los respetó durante 11 años; sin embargo, en el momento en que consideró útil liquidarlos, lo hizo sin miramientos, expropiando sus negocios y tiendas, para traspasarlos a manos del Estado cubano.

Sus profecías

Dentro de las numerosas profecías marxistas que no se han cumplido, destacan:

- r) La de que el capitalismo se destruirá a sí mismo. Falso: en Estados Unidos y Europa el capitalismo ha seguido subsistiendo y, a través de su evolución, ha llevado a esos países al más avanzado grado de desarrollo mundial;
- 2) La de que las masas proletarias de los países "capitalistas" se empobrecerán cada vez más, mientras los ricos se enriquecerán aun más. Falso: los hechos demuestran que hoy día no existen proletarios dentro de esos países capitalistas, y que la riqueza, lejos de concentrarse en pocas manos, se ha distribuido entre todos los habitantes;
- 3) La de que el marxismo se apoderaría, antes que nada, de los países industrializados. Falso: el marxismo no penetró jamás en Inglaterra, Francia, Suecia, Alemania, Japón o Estados Unidos, que fueron y son países altamente industrializados; al contrario, el comunismo se adueñó de Rusia, China y Cuba, naciones eminentemente agrícolas y poco industrializadas en ese momento.

Su definición: El marxismo en cuatro palabras

Resumiendo, el marxismo-leninismo es:

1) Una ideología anticuada, pues fue concebida por Marx en una época (1850) y ante una realidad (la Europa de los comienzos del capitalismo) absolutamente diferentes a la nuestra. Pos-

teriormente, hace unos 70 años, Lenin le agregó algunas normas de carácter estratégico, con lo cual quedó completo el término "marxismo-leninismo".

- 2) Una ideología extranjera que, fundada en la realidad de otros países, pretende solucionar los problemas de Chile con recetas universales que no responden a nuestra manera de ser.
- 3) Una ideología dogmática, pues, a pesar de que sus profecías han sido desmentidas reiteradamente por los hechos, no ha experimentado variaciones de importancia desde hace más de un siglo.
- 4) Una ideología criminal y anti-patriótica, pues estimula el odio, la violencia y el resentimiento entre los chilenos, atentando directamente contra la unidad y la solidaridad nacionales.

Sus cómplices

A la acción del comunismo colaboran, muchas veces, sectores sin conciencia de sus deberes sociales, o grupos políticos internacionalistas y pseudo-intelectuales que no se sienten identificados con la tradición histórica y cultural ni con la suerte de su Patria.

En reciente Carta Apostólica, el Papa Paulo VI ha señalado que los cristianos no pueden adherirse a "sistemas ideológicos que se oponen a los puntos sustanciales de su fe y de su concepción del hombre", y ha rechazado la ideología marxista, de la cual condena "su materialismo ateo y su dialéctica de violencia".

Desde un punto de vista laico y de libre examen de los hechos históricos y de la evolución de las ideas, es una aberración sostener que el socialismo marxista es "irreversible", y que representa la última etapa del pensamiento y de la creación de la humanidad. La Historia ha comenzado ya a demostrar que la "irreversibilidad" del marxismo es solamente otro de los mitos de esta ideología.

IV.- NACIONALISMO

Hemos señalado que en la evolución de los pueblos influyen diversos factores. El económico es sólo uno de ellos. Hay, además, ideas políticas, credos religiosos, principios morales, circunstancias geográficas, herencia racial, tradición cultural, etc., que son factores o elementos que en una u otra forma determinan la fisonomía de una sociedad y la vida y el destino de las naciones.

Estas circunstancias o factores son diversos en cada caso. De allí que las naciones ofrezcan realidades distintas, sobre las cuales hay que fundamentar el análisis histórico, la crítica del presente y la planificación del futuro.

Para formular su doctrina, el nacionalismo recoge y utiliza los elementos y circunstancias determinantes de cada pueblo. Sin desconocer los factores materiales, exalta los valores espirituales y culturales, porque considera que son éstos los que diferencian y enaltecen al hombre por sobre los animales, y los que han hecho posible crear una civilización en que existan la libertad y la justicia como valores éticos fundamentales.

El nacionalismo es una concepción unitaria y orgánica que emana de una realidad conformada por las características propias de cada nación. No es, en consecuencia, una fórmula de organización política o un sistema económico, que pueda aplicarse indiscriminadamente en cualquier país. Un pueblo debe elaborar sus propias formas de convivencia, de gobierno y de progreso, y fijar sus propios objetivos.

El nacionalismo es, pues, la expresión auténtica y diferenciada de cada nación. Hay un nacionalismo francés, encarnado por De Gaulle y su movimiento integrador. Hay un nacionalismo árabe, que llevó a los pueblos de esa raza a liberarse del colonialismo. Hay un nacionalismo israelí, que ha impulsado a los judíos a luchar

por tener una patria propia donde vivir de acuerdo a sus costumbres y tradiciones.

El nacionalismo alienta en nuestra época la lucha por la libertad, la autenticidad y el progreso de todos los pueblos, incluso los de la órbita soviética. Arnold Toynbee afirmó recientemente que el nacionalismo es hoy una fuerza dinámica más poderosa que el capitalismo y el comunismo.

El nacionalismo, como fuerza integradora de la nacionalidad, no se identifica ni compromete con posiciones sociales, económicas o políticas clasistas.

Por su rechazo al capitalismo individualista y al socialismo marxista, el nacionalismo es considerado "izquierdista" o "derechista", según sea el caso. Su posición anti-imperialista fundamental le atrae los ataques de diversos sectores. El nacionalismo es unitario, realista y dinámico, y no se puede encasillar en clasificaciones anacrónicas, artificiales o dogmáticas.

Sus mismos enemigos hacen, muchas veces, alarde de nacionalismo para proyectar una nueva imagen popular o atraer la adhesión de las Fuerzas Armadas, que son, generalmente, representativas de los símbolos, tradiciones y valores de la nacionalidad.

Fundamentos de la nacionalidad

La pretensión marxista de reducir la Historia de la humanidad a factores exclusivamente económicos es una mixtificación y una interpretación unilateral. Partiendo de esta base falsa, no es raro que el marxismo llegue a conclusiones erróneas y desestime los fundamentos de la nacionalidad y las motivaciones espirituales de los hechos históricos.

Entre los elementos fundamentales de la nacionalidad es necesario señalar, en primer término, al Pueblo: sus características raciales y sicológicas; su capacidad de lucha, de disciplina y de trabajo; su valor para enfrentarse al desafío de la naturaleza o a las amenazas de dominación extranjera; su aptitud para crear instituciones eficientes, y para definir y alcanzar su propio destino.

El segundo elemento es el Medio Geográfico: extensión, características y riquezas potenciales del territorio; clima, ubicación y fronteras; relaciones con los países colindantes; posición geo-política. El tercero es la Cultura: tradiciones, costumbres, estilos de vida, ideas, creencias religiosas, manifestaciones artísticas, instituciones, aspiraciones, educación.

Todos estos factores, y otros que podrían señalarse, influyen en una u otra forma en la vida y el destino de los pueblos.

Hay en las naciones fuerzas espirituales creadoras que constituyen el motor del progreso. Estas fuerzas no están subordinadas a los procesos económicos y a las luchas que ellos engendran. Emanan de la naturaleza íntima de cada pueblo y actúan con independencia de todo factor material externo.

V.- LA REALIDAD DE CHILE

A.—CREACION

El nacionalismo en Chile tuvo su primera expresión en la dramática lucha de quienes nos dieron independencia y organizaron la República.

Su intuición política y su voluntad creadora fueron factores determinantes del éxito en la organización del nuevo Estado, el que, en pocos años, llegó a situarse a la vanguardia de las naciones ibero-americanas.

Mientras otros países del continente vivían una etapa de anarquía, caudillaje y tiranía, Chile sobresalió por su capacidad para

crear instituciones propias y estables, por su acatamiento a la ley y por su devoción a la libertad.

La educación y la cultura fueron preocupaciones preferentes de esos gobiernos. Se fundaron escuelas e institutos a lo largo de todo el país; se contrataron sabios y maestros, como don Claudio Gay, don Rodulfo Philippi, don Ignacio Domeyko y don Andrés Bello. Se estimuló la creación artística y literaria, y la Universidad de Chile llegó a ser foco de irradiación cultural en esta zona del mundo. Esta preocupación por la educación pública, y una concepción abierta y renovadora de la sociedad, hicieron posible el surgimiento de la clase media chilena, cuyos elementos más destacados asumieron, desde mediados del siglo pasado, cargos directivos en las Fuerzas Armadas, el clero, la política, las actividades económicas, la enseñanza y la administración pública. También en este aspecto fue Chile un país de avanzada, pues fue el primero en desarrollar una clase media culta, dinámica e influyente.

El estímulo a la iniciativa creadora, y el espíritu de trabajo y esfuerzo evidenciados por los chilenos, impulsaron el desarrollo de la agricultura, la minería y el comercio.

Chile fue el primer país hispanoamericano que tuvo ferrocarriles y telégrafos, y el primero en organizar una marina de guerra en el Pacífico y una flota mercante que llegó hasta las costas del Extremo Oriente.

El regadío del valle central, la colonización del sur y el afianzamiento de la soberanía en Magallanes y los mares australes demostraron que en Sud América surgía una nueva nación, capaz de abrirse camino en el mundo por su propio esfuerzo y vitalidad.

Pero, indudablemente, la obra más importante de los gobiernos chilenos del pasado fue la creación de una conciencia nacional.

No sólo dieron al Estado estructuras políticas originales y estables. Además, le señalaron al pueblo chileno una misión creadora, organizaron Fuerzas Armadas capaces de resguardar su soberanía, y no dudaron en arriesgarlo todo, yendo dos veces a la guerra

en condiciones desventajosas, para hacer respetar los derechos de Chile y defender sus dominios territoriales.

A pesar de los errores, de las pugnas internas y de las desviaciones "frondistas" o "americanistas" que muchas veces entorpecieron o debilitaron su acción, un balance sincero y objetivo no podrá jamás desconocer la realización histórica de quienes gobernaron nuestro país en aquella época.

Esto fue Chile en el pasado y nadie tiene derecho a tergiversar o a denigrar su Historia.

B.—DECADENCIA

Nuestro país vive hoy una etapa de decadencia y desorientación que es necesario superar reviviendo el impulso vital y la unidad de propósitos de los chilenos. Las fórmulas económicas y sociales que fueron buenas en el pasado ya no tienen vigencia y es preciso renovarlas.

Pero hay algo que debemos conservar y extender: la herencia de nacionalidad, libertad y progreso de quienes enfrentaron el destino con audacia creadora e hicieron de Chile la nación más moderna y dinámica de la América Hispana.

¿Cuándo perdió Chile el impulso vital y la capacidad creadora que lo caracterizaron en el pasado?

Analizar cada uno de los síntomas del debilitamiento del ritmo ascendente, y explicar las causas profundas que lo han originado, es materia que excede, en tema y espacio, el propósito de este resumen.

Pero hay una realidad que nadie puede desconocer: Chile no está hoy "en forma". Dejó de ser conductor de los acontecimientos y es arrastrado por corrientes e intereses ajenos a su índole y a su destino.

Aunque numerosas, las causas de nuestra decadencia pueden resumirse en dos. Por un lado, la estrechez mental en que nos debatimos por vivir enmarcados en un sistema que, limitado cada vez más por el estatismo burocrático, ha quebrado las alas de nuestra imaginación y audacia creadora. Por otra parte, la profunda división interna reinante en el país, como consecuencia de la falta de un estímulo espiritual que nos una y de la lucha de clases desintegradora azuzada por el marxismo.

La pérdida de nuestra conciencia territorial hace que la mayoría se desentienda de los problemas limítrofes y de la defensa de nuestra soberanía.

Somos hoy un pueblo en recesión, incapaz de conquistar sus fronteras internas. Constituído por grupos de enemigos antes que por compatriotas solidarios, nos contentamos con una vida mediocre, despreciando amplios horizontes y aspirando sólo a subsistir vegetativamente.

Hemos perdido la calidad de "sujetos" de la Historia, para asumir el pobre papel de "objetos" de la misma. Lejos de proponer y realizar decisiones propias, nos limitamos a responder a las iniciativas y presiones ajenas. Estamos anclados en el tiempo por la quiebra de la unidad nacional.

La izquierda marxista ha demostrado un creciente desapego de la realidad y la tradición chilenas, y un afán no disimulado de ligar la suerte de nuestro país a ideologías e intereses foráneos.

La proyección de estas actitudes hacia las actividades educacionales y culturales ha debilitado la conciencia nacional, la independencia de criterio para abordar los problemas del país y, lo que es más grave, la fe en el porvenir de Chile.

La prédica extranjerizante del comunismo ha sometido a los chilenos a una especie de colonialismo mental. Desde hace tiempo existe entre nosotros una fiebre contagiosa de verbalismo tropical que perturba la mente de dirigentes políticos y grupos juveniles.

En el orden cultural, cada día nos distanciamos más de la civilización occidental-cristiana que sirvió de fundamento espiritual a

la creación de la nacionalidad; y es evidente la tentativa de saturarnos con pseudo-cultura marxista, o con la difusión de formas, vicios o modas decadentes que representan la negación de nuestros valores culturales propios.

Ajeno a la realidad de Chile y a la psicología del pueblo, nuestro sistema educacional ha ablandado su reciedumbre espiritual, desarraigando a la juventud de su medio geográfico y debilitando su carácter, su voluntad y su espíritu de lucha.

Los programas educacionales enseñan a memorizar y no a reflexionar, provocando la pereza intelectual. Muchos jóvenes sólo aspiran hoy a un cómodo cargo burocrático sin riesgos ni dificultades, y a una jubilación temprana que los incorpore al contingente creciente de las manos muertas de Chile.

Por otra parte, los que están dispuestos a trabajar no encuentran posibilidades ni expectativas. El país necesita crear cien mil nuevos empleos al año. Pero en la actualidad no se crea una sola industria, empresa o actividad nueva que pueda ofrecer posibilidades a los jóvenes. En el aumento de cargos burocráticos se busca una solución parcial al problema. Pero aumentar la burocracia no significa aumentar la producción ni el desarrollo, sino malgastar recursos y capacidad creadora.

Desvinculado de sus circunstancias vitales, Chile es hoy un país nuevo donde vive un pueblo desorientado y prematuramente envejecido.

C.—CHILE: ¿UN PAIS CAPITALISTA?

Los marxistas y los demócratacristianos han pretendido atribuir los problemas y la decadencia de Chile a su estructura económica "capitalista".

Esta es una afirmación doblemente errada. En primer lugar, porque muchos países considerados "capitalistas" tienen un nivel de vida y una potencialidad de desarrollo muy superior a los existentes

dentro del área socialista; en segundo lugar, porque la estructura económica de Chile no es capitalista.

No puede ser honestamente señalado como "capitalista" un país que desde 1938 hasta hoy, excepción hecha del sexenio de la Presidencia de don Jorge Alessandri, fue dirigido por gobiernos de orientación izquierdista que impulsaron una política económica estatista.

No es capitalista, en el sentido clásico, un país donde el gobierno tiene el control directo o indirecto de todos los recursos y actividades económicas; que a la fecha en que el señor Allende llegó a la Presidencia de la República ya controlaba el 75% del crédito bancario, y era propietario absoluto o socio mayoritario de las principales empresas de producción, comercio o servicios: petróleo, energía eléctrica, cobre, salitre, acero, petroquímica, ferrocarriles, Línea Aérea Nacional, Empresa de Transportes Colectivos, Empresa de Comercio Agrícola, Empresa Marítima, etc. No es capitalista un país que cuenta con un gobierno que, según afirma el propio Presidente de la República, realiza el 70% de la inversión; que tiene facultades para expropiar todos los predios agrícolas mayores de 80 hectáreas y que ha usado esta facultad para ir transformando la agricultura privada en haciendas estatales. No es capitalista un país cuyo gobierno fija los precios, los salarios y la paridad cambiaria y controla rígidamente las importaciones y exportaciones, todo lo cual significa no sólo facultades para planificar y fiscalizar, sino además la intervención en cualquiera actividad económica que realicen los chilenos.

A esto habría que agregar la apropiación ilegal y arbitraria de muchas otras actividades o empresas por el Gobierno: cemento, textiles, pesqueras, bancos, metalúrgicas, cooperativas, etc.

Están ya cumplidos los dos grandes objetivos señalados, desde hace años, en los programas de todos los partidos: la Reforma Agraria y la Nacionalización del Cobre.

Lamentablemente, los resultados son muy distintos de los que se esperaban.

En lo que se refiere a la Reforma Agraria, la producción agrícola ha disminuído, los planes de fomento ganadero y lechero han sido abandonados, y los campesinos, que esperaban la propiedad de la tierra, fueron simplemente engañados, pues a ninguno se le ha otorgado título definitivo de dominio, ni estabilidad en sus derechos. La Nacionalización del Cobre se ha prestado, hasta ahora, para instaurar un sistema de favoritismo político y de incapacidad técnica que amenaza con arruinar la mayor fuente de ingresos del país frustrando así una aspiración nacionalista.

Seguir afirmando, en consecuencia, que la decadencia de Chile se origina en el "capitalismo" sólo denota ignorancia o majadería.

El impulso creador de un pueblo es independiente de su estructura económica. Su decadencia espiritual tampoco está condicionada por la economía. La Historia registra el ejemplo de naciones o grupos sociales que, en la plenitud de su poderío económico, evidenciaron el debilitamiento de su voluntad de lucha y la pérdida de sus atributos morales.

Con razón se ha dicho que cuando un pueblo agota su misión, empieza a decaer y a vivir una existencia puramente vegetativa, hasta que un nuevo espíritu viene a señalarle a ese pueblo una nueva misión que realizar.

D.—RENOVACION

La constatación de estos síntomas de la decadencia no debe, sin embargo, inducirnos a conclusiones derrotistas.

El pueblo chileno conserva aún insospechadas reservas morales, y una capacidad de reacción que se ha manifestado reiteradamente frente a las catástrofes de la naturaleza.

Esa misma entereza de ánimo, esa voluntad de responder al desafío, debe proyectarse hoy en el plano de la política y de la conducción del país.

Para unir a los chilenos y movilizarlos hacia una nueva etapa de creación y desarrollo, es necesario restablecer el espíritu de la nacionalidad.

Para ello no basta con recordar las glorias del pasado. Es necesario renovar las instituciones, los conceptos y los equipos humanos, e imprimir nuevo impulso y vitalidad a nuestra acción interna y externa.

Sólo la renovación permanente permite a un pueblo mantener la vitalidad de su impulso creador.

Las instituciones y las estructuras que son eficientes en un período, dejan de serlo en cuanto aparecen nuevas necesidades o posibilidades. Interesa a la nación que su avance no se paralice, sino que se mantenga en un ritmo creciente.

El nacionalismo, por ser tal, por representar realmente el interés de la nacionalidad, no puede ser jamás reaccionario, retrógrado o anacrónico. Debe, por el contrario, ser permanentemente dinámico, renovador y creador.

El nacionalismo no puede ser tampoco una teoría ni una ideología de laboratorio. Tiene que ser una vivencia, una idea proyectada permanentemente en una acción, en un estilo, en una conducta, y en una rebelión contra todo lo falso, lo caduco y lo anodino. Contra todo lo que deforme, perjudique, traicione o debilite la nacionalidad. Por eso, el nacionalismo rechaza los viejos conceptos capitalistas y comunistas, propiciando la búsqueda de soluciones nuevas y propias para enfrentar nuestros problemas. Formas auténticas de organización y expresión de nuestra identidad nacional.

No hay renovación, sino retraso, en la aplicación de las ideas marxistas, que fueron nuevas en Europa hace ya más de cien años. Las ideas verdaderamente nuevas deben emanar de la realidad actual y distinta que estamos viviendo. Y deben ser elaboradas por cada pueblo, según su índole y su cultura.

El nacionalismo lleva implícita, junto a la idea de Tradición, la idea de Renovación Permanente.

E.—INTEGRACION

Las naciones son organismos vivos, que tienen una existencia propia y diferenciada. Para que esta existencia sea armónica y fecunda, todos sus elementos deben estar integrados cumpliendo las funciones que les corresponden. Este es el concepto nacionalista de "democracia orgánica".

Nadie puede desconocer el hecho de que un sector muy importante de los chilenos ha sido penetrado por las ideas o las consignas comunistas, y que su separación del seno de la nacionalidad representa una grave desventaja para nuestro país frente a otras naciones que se caracterizan por su acentuado espíritu patriótico.

Esta separación significa, además, restar la fe y el entusiasmo de un sector del pueblo a las tareas constructivas que todos los chilenos debemos cumplir, para superar la decadencia espiritual y la pobreza material.

La reincorporación a la nacionalidad de estos grupos marginados debe ser uno de los propósitos fundamentales de un movimiento nacionalista.

Frente a ellos no podemos sentirnos "enemigos". Entre los chilenos no debemos tener enemigos, sólo adversarios. A los enemigos se les destruye, a los adversarios se les trata de convencer. Naturalmente, esta actitud no puede significar transacciones ni debilidades en la defensa del interés de Chile.

Hay que tener conciencia de que la mayoría de las personas que hoy votan por los comunistas, no comparten ni conocen sus doctrinas; y que ni siquiera se dan cuenta de que están siendo utilizadas para fines de penetración foránea.

En muchos casos, se trata de grupos que no han encontrado satisfacción a sus más premiosas necesidades, por la ineficiencia de los gobiernos o de las leyes, o son jóvenes que anhelan luchar por la justicia social y la dignidad de los trabajadores, creyendo erradamente que estos ideales pueden realizarse a través del comunismo. Pero la sola prédica de ideas nacionalistas constructivas no es suficiente. Es necesario hacer realidad un espíritu de solidaridad social que se proyecta a los sectores populares, sin discriminación política.

El nacionalismo debe, asimismo, desterrar toda idea o factor de discriminación de clases sociales, y facilitar por todos los medios el ascenso de los sectores populares hacia niveles de vida y de cultura cada vez más altos.

Para este efecto no sirven ni la caridad ni el paternalismo, sino la igualdad de oportunidades y el estímulo al esfuerzo personal. El nacionalismo lucha porque el Estado garantice a todos los chilenos los siguientes derechos fundamentales:

- Derecho a la libertad,
- Derecho a la educación,
- Derecho al trabajo,
- Derecho a la participación,
- Derecho a la propiedad,
- Derecho a la previsión y a la salud.

Los grupos que integran una nación viven junots para algo; son una comunidad de anhelos y de propósitos. No conviven por estar juntos, sino para hacer algo juntos.

Cuando falta ese "algo", ese quehacer histórico, la unidad pierde su sentido, su razón de ser, y la nación se disgrega.

Repetimos, no somos ni nos sentimos enemigos de ningún chileno y, conscientes de que en la unidad inconmovible del pueblo descansa nuestro porvenir como individuos y como nación, oponemos a la acción desquiciadora de la lucha de clases, la concepción integradora del nacionalismo.

F.—PARTICIPACION

Por participación se entiende, generalmente, un sistema mediante el cual los trabajadores tengan derecho a participar en la capitalización y en las utilidades, y asuman responsabilidades en los diversos niveles técnicos y directivos de las actividades económicas. Apoyamos decididamente esta nueva concepción de la empresa. La forma capitalista clásica, en que sólo el capital era propietario, mientras los trabajadores no tenían con la empresa más que la eventual relación de un contrato de trabajo, es indudablemente anacrónica e injusta.

Sin embargo, la participación no debe limitarse sólo al plano económico. Ella es un deber y un derecho de todos los chilenos, en las distintas actividades y esferas de su acción.

Entre las personas y el Estado existen lo que se ha dado en llamar "sociedades intermedias". Estas son de orden familiar, vecinal, laboral y cultural.

El primer deber de un chileno dice relación con su actitud dentro de su propia familia y, fundamentalmente, en la formación moral y espiritual de sus hijos.

Se proyecta luego en una preocupación constante por la educación de éstos, participando activamente en los centros de padres o apoderados y en las comunidades educacionales.

Como integrante de una comunidad vecinal, debe participar, asimismos, en las actividades de las Juntas de Vecinos y preocuparse de los problemas y del progreso de su Comuna.

En el plano de sus actividades profesionales o laborales, tiene la obligación de participar en la defensa de los derechos de su gremio o sindicato y de evitar su politización; debe prestar su ayuda a toda iniciativa que signifique mejoramiento o estímulo para sus compañeros de labores, y defender la estabilidad y el progreso de los organismos o entidades relacionadas con su trabajo o profesión. En los centros estudiantiles y universitarios, los jóvenes deben luchar por mejores planes de estudios y más posibilidades de capacitación; por la posibilidad de realizar su destino dentro de su propia Patria, contribuyendo a engrandecerla con su entusiasmo, su inteligencia y su trabajo.

En el orden cultural, todos deben colaborar a la defensa y difusión de los valores fundamentales de la nacionalidad: su historia, su tradición de libertad, su respeto al Estado de Derecho, el conocimiento de sus posibilidades y recursos geográficos.

Parte importante del desarrollo cultural de un pueblo se realiza a través del deporte, en el cual la juventud debe participar en forma activa y no asumir el mero papel de cómodos espectadores de espectáculos deportivos protagonizados por otros.

La participación en política

La participación en las actividades políticas es un deber fundamental e ineludible.

Durante muchos años, un sector importante de los chilenos ha vivido ignorando o eludiendo la política. Muchas veces, se trataba de una actitud honesta. En otras ocasiones, sin embargo, la prescindencia política no era sino un cómodo pretexto que se utilizaba para disimular la apatía y el desinterés por los problemas del país. Había algunos, incluso, que no vacilaban en despotricar contra "los políticos que arruinan a Chile", mientras ellos los quejosos, evitaban cuidadosamente comprometerse en una línea política que pusiera en peligro sus intereses económicos.

Cualesquiera sean las razones —buenas o malas— que impidieron a muchos chilenos participar activamente en la política nacional, lo cierto es que esa indiferencia facilitó en grado sumo la llegada del marxismo al poder. Si todos los chilenos de espíritu realmente democrático y libertario hubieran colaborado activamente en 1970, la Unidad Popular no habría triunfado. Esa es una verdad indiscutible.

A pesar de la severa lección que recibieron en Septiembre de 1970, hay todavía algunos chilenos que se dan el lujo de dejar "la política para los políticos".

Estos chilenos contumaces son de dos clases: por una parte, los ilusos que insisten en que "en Chile nunca pasa nada" y en que "van a ver ustedes, como se arregla todo"; por otra parte, existen los decididamente irresponsables, que piensan que su democracia, su libertad y sus derechos constitucionales deben ser defendidos por otros. Naturalmente, si todo el país opinara como ellos, los valores fundamentales de la nacionalidad habrían desaparecido hace mucho.

Ha llegado, pues, el momento de que todos, sin excepción — cualquiera sea nuestra edad, condición o tiempo disponible—, asumamos la tarea de preservar aquellos valores que, hasta hace tan poco, nos parecían consustanciales con Chile.

Nada obtendremos absteniéndonos de participar en política, salvo la certeza de estar cometiendo un atentado gravísimo contra nosotros mismos y nuestro futuro.

Quién no cumpla, pues, con su deber de participar en las decisiones políticas y en las actividades gremiales y comunitarias, no puede reclamar derechos, ni mucho menos exigir que otros realicen lo que él —por temor, egoísmo o comodidad— es incapaz de hacer.

G.—DESARROLLO

Hemos señalado que la economía no es el elemento fundamental en la historia de las naciones. Sin embargo, es un factor muy importante en su desarrollo y en el logro de objetivos superiores.

En la organización de la economía hay que tener presente dos aspectos básicos. Primero, una razón de justicia: la miseria de los sectores marginales debe ser superada por un imperativo de orden moral. En segundo lugar, existe una razón de eficiencia: las fallas económicas perjudican a la comunidad nacional y le impiden desarrolar toda su capacidad creadora.

Consideramos indispensable una revisión de conceptos sobre la organización de la economía del país.

Mientras los países socialistas vienen de vuelta, en Chile los ideólogos, que nunca han producido nada, siguen impulsando el estatismo económico. En nuestro país hay que restablecer la libertad y los estímulos para trabajar y producir; sólo así habrá más bienes que repartir, más empleos, más salarios y más bienestar.

La economía debe ser estructurada en forma de que cada uno de los miembros de la comunidad nacional pueda no sólo satisfacer sus necesidades vitales, sino mejorar constantemente su nivel de vida y desenvolver lo más vastamente posible sus facultades e iniciativas. Para alcanzar este objetivo, el nacionalismo, a la inversa de otros sistemas, no impone formas económicas rígidas o dogmáticas. El nacionalismo rechaza el estatismo como solución moderna y eficiente y propicia la participación directa de los trabajadores en la dirección y utilidades de las empresas, como primer paso hacia la autogestión o la creación de cooperativas de producción.

La plusvalía, es decir, el mayor valor que adquiere un producto durante el proceso de elaboración, no es consecuencia sólo del trabajo manual, como pretenden algunos.

La plusvalía es el resultado del largo proceso de producción y distribución, que empieza con la extracción de la materia prima y concluye con la venta al detalle del artículo terminado.

En este proceso intervienen, además de la mano de obra, la capacidad de organización y dirección, la tecnología, el capital, los estudios de mercado, la publicidad, etc.

Por eso, hay que reconocer la importancia de la dirección técnica y de la capacidad creadora empresarial, como elementos necesarios y dinámicos en el proceso productor.

Todos estos factores deben integrarse en forma justa y eficiente para promover el éxito de las empresas en su rol fundamental de entregar productos y servicios a la comunidad. Una empresa mal administrada consume recursos en lugar de producirlos.

De esta concepción de la economía se desprende también la obligación que incumbe a cada individuo apto para el trabajo, de contribuir con sus esfuerzos al incremento de la producción. La propiedad de los medios de producción se transforma así, del "derecho" para gozar de ellos arbitrariamente, en el "deber" de trabajarlos y hacerlos rendir en beneficio de la comunidad queional El Estado debe planificar el desarrollo económico e imponer normas de justicia social, a través de los tributos, en la distribución equitativa de la riqueza generada. Debe intervenir en aquellos aspectos de la economía en que la iniciativa privada sea insuficiente o esté en contradicción con el interés común; pero la dirección estatista, rígida y centralizada de la producción, ya ha probado su fracaso en los mismos países socialistas.

Hay que buscar la eficiencia y el aprovechamiento de todos los recursos y capacidades. La alternativa entre propiedad estatal y propiedad particular de los medios de producción, es falsa. En los países más desarrollados del mundo impera un sistema económico equilibrado, dentro del cual el Estado realiza las tareas que le son propias, dejando a la iniciativa privada un amplio margen para desarrollar su capacidad creadora.

La superación del capitalismo individualista no puede ser el capitalismo estatal que pretenden aplicar los partidos marxistas. Cuando todas las actividades económicas y todas las posibilidades de empleo dependen del gobierno, los trabajadores pierden sus derechos; dejan de existir la libertad de trabajo y la libertad política.

Para el nacionalismo, el mejor sistema económico es aquél que es más eficiente para producir y más justo para repartir el producto generado por el esfuerzo común. El problema se resuelve, así, por los resultados y no por los dogmas ideológicos.

Sin embargo, lo más importante en la renovación de los conceptos sobre desarrollo económico, es inculcar a los chilenos la convicción de que el trabajo y el progreso no tienen por objeto sólo labrar la felicidad personal, sino que existe, además, una finalidad más alta para cada uno de ellos: contribuir al engrandecimiento de la Nación de que forman parte.

Ninguna iniciativa, ninguna fórmula o programa de desarrollo tendrá éxito sin una previa reconciliación de los chilenos y su unificación tras un porvenir común, que satisfaga no sólo sus necesidades materiales, sino sus inquietudes espirituales.

Tecnología

En nuestra época el desarrollo tecnológico constituye la mayor ventaja y también la mayor riqueza, que diferencia a las naciones desarrolladas de las postergadas.

Esta ventaja no se genera tanto en los capitales ni en las instalaciones industriales; se genera en la capacidad mental y manual de sus ingenieros y sus técnicos.

Todo esfuerzo de desarrollo económico, y por ende de progreso social, no puede concebirse ni realizarse sin un gran impulso científico y tecnológico.

Impulso que no puede programarse como un esfuerzo para no seguir perdiendo terreno, sino como un audaz salto hacia adelante, que nos permita adelantar el reloj en varias etapas.

Seguir hablando de nuestras riquezas naturales, sin tratar de transformarlas mediante una tecnología audaz, es revivir la tragedia del minero que languidecía sentado en una veta que era incapaz de explotar.

La revolución tecnológica forma parte del desafío de nuestro tiempo. Para enfrentarla se requiere voluntad, inteligencia y visión: tres elementos que han faltado en las esferas directivas del país en esta etapa de decadencia. Lo poco que se ha hecho en esta materia, en comparación con otras naciones del continente —a las que tenemos la mala costumbre de considerar "atrasadas"—, sólo demuestra la falta de realismo y de conciencia histórica con que somos gobernados.

Pero la juventud no puede conformarse ni someterse. Debe romper el ideologismo que confunde y divide, y exigir a quienes dirigen el país y las universidades, que pongan fin al verbalismo anárquico y disgregador, y se resuelvan a afrontar el desafío de nuestra época.

Trabajo, sin tecnología, es subdesarrollo.

Sólo avanzando en la ciencia y la técnica podremos impulsar el progreso.

H.—REALIDAD GEOPOLITICA

Los nacionales hemos sostenido que la humanidad vive, más que una época de cambios, un cambio de época.

Ello es imperativamente válido para Chile.

Nuestra nación se enfrenta hoy a la acción de dos tendencias geopolíticas determinantes: el impulso unitario de las naciones iberoamericanas y el desplazamiento del foco de atracción mundial hacia el Océano Pacífico.

La integración económica de Iberoamérica, que responde a una tendencia universal de los conjuntos continentales o regionales, abre a Chile la posibilidad de expansión de su producción industrial, aprovechando materias primas, fuentes de energía, capacidades de trabajo y de iniciativa. Su tradición histórica otorga a Chile una responsabilidad dirigente en la renovación de la política continental y la defensa de intereses comunes.

Por otra parte, en el vasto espacio Indo-Pacífico irrumpen hoy al escenario de la política mundial las naciones más pobladas del orbe, provocando una nueva confrontación de fuerzas, intereses y culturas.

El advenimiento de la Era del Pacífico, sucesora de la ya realizada Era del Atlántico y de la antigua Era del Mediterráneo, implica para Chile trocar su situación de país marginal, alejado de las grandes rutas de la cultura y del comercio, por una posición predominante, atendidas su ubicación geográfica, su tradición mari-

nera, la extensión y conformación de su litoral, y la importancia de las rutas de acceso al Gran Océano que controla.

El destino coloca así al pueblo chileno ante una alternativa ineludible: o asume el papel protagónico que su historia, sus tradiciones y su geografía le señalan, y realiza ahora mismo el esfuerzo para transformar a su Patria en una gran nación, o esquiva el desafío y cede sus expectativas a pueblos más dinámicos, más audaces o más valerosos.

¿Estamos los chilenos conscientes de las posibilidades que se nos ofrecen?

¿Estamos dispuestos a aprovecharlas, iniciando un nuevo esfuerzo expansivo, como el de 1830?

VI.— EL PARTIDO NACIONAL

A.—PATRIA

Lo fundamental es la idea de Patria. Alrededor de ella se organiza el Estado con sus estructuras e instituciones; sus leyes y sus autoridades.

De esta idea básica nacen principios, deberes y derechos. En ella se originan y se sostienen los conceptos de independencia, soberanía, libertad y seguridad.

La idea de Patria se encarna, luego, en símbolo, tradiciones y anhelos comunes. Deja de ser una concepción intelectual, para transformarse en sentimiento que estimula la fe, el entusiasmo, el espíritu de servicio y el heroísmo.

Un pueblo es fuerte mientras mantiene encendida la llama del patriotismo. Cuando ésta se debilita o se apaga, sobreviene la división y la decadencia.

Por eso, quienes a lo largo de la Historia han tratado de someter a un pueblo soberano, han empezado siempre por socavar su patriotismo fundamental.

Han negado sus tradiciones y destruído sus símbolos, para sustituírlos por imágenes extranjeras. Han borrado o corrompido sus formas culturales propias.

Pero no han tenido éxito cuando el sentimiento de Patria ha sido sostenido con valor y decisión.

B.—DOCTRINA

El Partido Nacional es un movimiento renovador que se propone restablecer la unidad nacional y el recio estilo que forjó el alma de la chilenidad; modernizar las instituciones de la República para adecuarlas a la época que vivimos, e instaurar un nuevo orden político, económico y social, cimentado en el trabajo y el servicio a la comunidad.

El Partido Nacional se inspira en los valores espirituales de la civilización cristiana occidental y rechaza, por artificial y limitada, la interpretación materialista de la historia. Se opone al marxismo y a toda forma de colectivismo, y a sistemas políticos o económicos que destruyan la libertad o atenten contra la dignidad humana.

El Partido Nacional declara que la nacionalidad se fundamenta en el pueblo, la tradición y el medio geográfico, y que su expresión política debe ser un Estado Nacional, guardador de la herencia histórica y cultural, defensor de la soberanía y de los recursos territoriales, realizador de las aspiraciones del pueblo e impulsor de su capacidad creadora.

El Partido Nacional lucha por instaurar una democracia orgánica que permita al pueblo participar de los beneficios del desarrollo económico y social, proteja al individuo tanto de los excesos de las mayorías como de las presiones directas o indirectas de quienes detentan el poder, reconozca la facultad de disentir, y, mediante una organización jurídica adecuada, perfeccione permanentemente sus instituciones en un régimen de respeto y libertad.

El Partido Nacional considera que el Estado es sólo instrumento de la comunidad y no puede asumir poderes que contraríen los derechos y deberes fundamentales de los ciudadanos, ni coartar las libertades esenciales que posibilitan una vida creadora y responsable. La libertad es indivisible. No hay libertad política cuando la libertad económica es suprimida o coartada por el Estado o por la acción de intereses privados.

El Partido Nacional afirma que el trabajo es la base del progreso nacional y personal, y debe ser dignificado y valorizado como un deber y un derecho de todo chileno.

Quien no cumple con sus deberes no puede reclamar derechos. Quien cumple con sus deberes, no puede ser despojado de sus derechos.

El Partido Nacional sostiene que el desarrollo económico debe tener por finalidad incrementar y difundir la riqueza y la ocupación plena de la capacidad de trabajo, fortalecer y engrandecer la nacionalidad, y posibilitar a todos los chilenos el acceso a la propiedad, como resguardo de sus ahorros y de la seguridad familiar.

El Partido Nacional no adhiere a ningún credo religioso, pero respeta todas las creencias, y estima que los que cumplen una misión espiritual deben mantenerse al margen de las luchas políticas y del proselitismo partidista.

C.—PROGRAMA

(Aprobado al fundarse el Partido, Mayo de 1966.)

El Partido Nacional invita a todos los chilenos a superar antagonismos inactuales y a crear una conciencia de la responsabilidad que le cabe a todos para luchar unidos por el siguiente programa: 1.— FORJAR UN DESTINO NACIONAL basado en soluciones emanadas de la realidad y experiencia histórica de Chile, sin intervención de organizaciones al servicio de Gobiernos o intereses foráneos ni trasplante de teorías o fórmulas extranjeras incompatibles con la realidad nacional.

Chile posee los recursos humanos y geo-económicos necesarios para transformarse en una gran nación y constituirse en factor dinámico de una vasta esfera de prosperidad en esta zona del mundo; pero su capacidad creadora está debilitada por el desgaste de sus instituciones, la división interna, el peso de la burocracia, el endeudamiento excesivo y mal aprovechado, y una política externa vacilante e intrascendente.

- 2.— FORMULAR UNA POLITICA INTERNACIONAL realista, activa y definida que asegure la independencia, integridad y soberanía de Chile. Los anhelos de complementación económica iberoamericana no deben plantearse como ideales de vaga generosidad internacional, sino como un medio de ensanchar las posibilidades del país, lo que supone consolidar y acrecentar su capacidad de intercambio. Chile se abre al Pacífico y debe considerar con realismo su importante posición geográfica en esta área, dando especial atención a las vastas posibilidades que ella ofrece y al desarrollo de sus comunicaciones marítimas y aéreas.
- 3.— RECONSTITUIR UN ESTADO DE DERECHO mediante el respeto a la evolución jurídica chilena, que ha ido creando normas estables aunque flexibles, inspiradas en los derechos fundamentales del hombre y en el perfeccionamiento de la convivencia humana, las que impulsan el progreso de la comunidad y defienden a los ciudadanos de los excesos de poder.

No es suficiente el respeto a la Constitución en el orden político, sino que es preciso garantizar una mínima estabilidad legal en todos los aspectos económicos, sociales y tributarios, de manera que los ciudadanos puedan desarrollar sus actividades en la certeza y confianza que las leyes no van a ser modificadas sucesiva, repentina y arbitrariamente por intereses políticos o electorales.

4.— IMPRIMIR AL GOBIERNO SENTIDO NACIONAL, y aprovechar todos los valores humanos sin prejuicios ni discriminaciones políticas. El Ejecutivo debe servir a la Nación entera y no estar circunscrito al interés partidista de los grupos que detentan el poder.

Nuestra Constitución Política otorga autoridad y amplias facultades al Presidente de la República y la investidura suprema lo constituye en mandatario de todos, en conductor del país, y no en el caudillo de un partido. Esta dimensión nacional y no partidista del Jefe del Estado es lo que da sentido al régimen presidencial chileno.

5.— REFORMAR LOS PODERES DEL ESTADO para modernizarlos y corregir los vicios que entraban su adecuado funcionamiento. Una eficaz modificación constitucional debe proponerse: Dotar al Poder Ejecutivo de las facultades necesarias para administrar el Estado sin interferencias políticas o económicas, y libre de la presión desquiciadora de los intereses de grupos. La acción del Ejecutivo debe ejercerse a través de una administración pública de carácter técnico, con autonomía regional en la administración de determinados impuestos y funciones semifiscales, previsionales y de medicina social.

Hacer del Parlamento un legislador oportuno, independiente y general, que no interfiera la labor del Ejecutivo y que disponga de facultades fiscalizadoras apropiadas.

Otorgar al Poder Judicial una mayor independencia para la designación de sus miembros, garantizarle remuneraciones adecuadas a sus elevadas funciones, y modificar el sistema procesal para asegurar una justicia rápida, eficaz y realmente gratuita.

Fortalecer y despolitizar la comuna autónoma, otorgando a las Municipalidades las facultades necesarias para cumplir efectivamente su cometido.

6.— REORGANIZAR LA ADMINISTRACION PUBLICA, imponiendo un riguroso sentido de responsabilidad y una drástica

disminución de los gastos fiscales. Eliminar todo organismo burocrático innecesario, la duplicidad de funciones, los trámites excesivos, las exigencias opresivas, la anarquía y la politización administrativa y la desproporcionada intervención de técnicos extranjeros de alto costo que no conocen la realidad chilena.

La función pública es digna y enaltecedora; debe corresponder a una vocación de servicio, tener estabilidad y jerarquía, conservar su carácter apolítico y gozar de remuneraciones adecuadas.

7.— IMPULSAR LA EDUCACION mediante la movilización de los organismos del Estado, de la enseñanza fiscal y particular, de las Fuerzas Armadas, de los sindicatos y organizaciones laborales, para dar satisfacción a la necesidad no sólo de instruir, sino de educar al pueblo chileno.

La educación debe preparar a la juventud para el trabajo y estar orientada a formar el carácter y la personalidad en normas de sobriedad, esfuerzo y disciplina. Debe desarrollar el sentido nacional para hacer al pueblo más unido y responsable, ligar a las nuevas generaciones a las tradiciones de la Patria, y preparar los equipos dirigentes y los cuadros profesionales y técnicos que el desarrollo del país requiere.

8.— DEFENDER LA LIBERTAD DE TRABAJO Y LA INI-CIATIVA INDIVIDUAL, como elementos dinámicos en el proceso económico. El hombre de trabajo es elemento creador de riqueza y contribuye al sostenimiento de la comunidad. Es entonces función primordial del Estado estimular la capacidad de empresa, la actividad productora, el espíritu de superación y riesgo personal, la inventiva creadora y el trabajo en todas sus formas. El Estado debe, asimismo, liberar al trabajo privado de las trabas y obstáculos burocráticos, de los excesos tributarios y de toda forma de persecución e inestabilidad legal.

9.— POSIBILITAR UN DESTINO PERSONAL, para que todo chileno tenga la oportunidad de surgir y progresar con su trabajo, su esfuerzo, su capacidad, su ahorro y su iniciativa.

El Estado y sus organismos, las Escuelas y Universidades y el ordenamiento mismo de la sociedad, deben impulsar a los chilenos a realizar este destino personal, dentro del interés nacional. Deben abrirse horizontes a la juventud que puedan ser alcanzados con valor, inteligencia y laboriosidad, y no empequeñecer su espíritu ofreciéndole sólo un menguado porvenir burocrático, sin riesgos y sin grandeza.

10.— ESTABLECER UNA NUEVA POLITICA LABORAL, que signifique dar a los trabajadores efectiva oportunidad para participar responsablemente en el desarrollo de las empresas e incrementar sus salarios en función de las utilidades que éstas obtengan. Establecer la igualdad jurídica entre empleados y obreros, eliminando diferencias injustas y arbitrarias. Fijar una política de remuneraciones justas y que estimule, a la vez, el esfuerzo individual y la superación profesional; e impulsar una política sindical que, junto con otorgar a los trabajadores la protección y colaboración de un sindicato, evite drásticamente que las organizaciones laborales sean usadas como instrumentos de política partidista.

11.— RECTIFICAR EL SISTEMA TRIBUTARIO mediante una severa reducción de la tasa de impuestos que empobrecen y despojan a los ciudadanos laboriosos y originan la evasión y el fraude. Suprimir los impuestos cobrados sobre bases artificiales y demagógicas y obtener la paulatina desaparición de las franquicias tributarias que contrarían el principio de la igualdad en el reparto de las cargas públicas. Estimular la actividad productora y la capitalización nacional haciendo recaer los gravámenes sobre las rentas destinadas a gastos, y no sobre las que se destinan al ahorro y a la inversión.

12.— PROPICIAR UNA POLITICA ECONOMICA REALIS-TA, alejada de dogmatismos y esquemas teóricos, basada en la libertad y el estímulo para trabajar y producir y en una sana competencia en precios y calidades.

Sólo un sistema en que los consumidores puedan ejercer su libertad de elección, permite que el grupo social mayoritario reciba el beneficio de los progresos tecnológicos y de los aumentos de la productividad.

Los precios políticos, que distorsionan la economía, deben ser suprimidos; y eliminados los privilegios y los regímenes de excepción en favor de empresas particulares o fiscales, porque originan monopolios que impiden la competencia y gravan injustamente a los consumidores.

La intervención del Estado es necesaria en la orientación y programación del desarrollo económico y en todos aquellos aspectos en que la iniciativa privada sea insuficiente o esté en contradicción con el interés común.

13.— ACELERAR EL DESARROLLO INDUSTRIAL, para elaborar nuestras materias primas y valorizar el trabajo de los chilenos. Apoyo del Estado a los industriales, mediante asesoría técnica. programación y respaldo económico. Política cambiaria realista que posibilite el incremento y la diversificación de nuestras exportaciones.

Escuelas industriales para jóvenes y adultos, que mejoren el nivel técnico de los trabajadores.

Organización de sistemas industriales regionales, tomando en cuen ta las fuentes de materias primas.

14.— DESARROLLAR UNA AGRICULTURA PROSPERA. capaz de abastecer las necesidades del país y mejorar las condiciones de vida de quienes trabajan en el campo.

Redistribución de tierras mal explotadas para que sean adquiridas por quienes puedan trabajarlas y hacerlas producir mejor. La redistribución, sea por venta o por expropiación sin despojo, debe tener por finalidad un aumento de producción que permita mejorar la alimentación de los chilenos, y en ningún caso deberá servir objetivos políticos ni constituir un instrumento para sojuzgar la conciencia de los campesinos.

El régimen legal deberá procurar el amparo del agricultor eficiente. El Estado le proporcionará a la agricultura sustentación, estabilidad, programas de desarrollo, créditos y precios justos para sus productos.

15.— FOMENTAR LA MINERIA, para el aprovechamiento integral de las riquezas del subsuelo, que constituyen el mayor rubro de exportación del país. Ello sólo es posible mediante la explotación efectiva de las pertenencias mineras, haciendo del trabajo la base del sistema de protección de esta propiedad y eliminando el derecho a mantener riquezas inexplotadas.

16.— RECUPERAR LAS RIQUEZAS DEL SUBSUELO, especialmente el cobre y el hierro, mediante un sistema legal que fije plazos para que las empresas que las explotan se constituyan en Chile, conforme a las leyes chilenas, con la mayor parte de su capital chileno y, en lo posible, con técnicos y trabajadores chilenos, de modo que efectivamente su administración responda a un verdadero interés nacional y sus utilidades contribuyan a la capitalización del país.

El Partido Nacional reconoce la importancia de los capitales extranjeros en el desarrollo económico, pero dentro de una absoluta igualdad con los capitales chilenos. No acepta, por tanto, tratos discriminatorios en favor del capital foráneo.

La recuperación de las riquezas naturales tiende a hacer a los chilenos libres de la presión o dependencia económica extranjera; pero este objetivo no puede alcanzarse a través del estatismo burocrático que politiza las empresas y coarta la libertad de trabajo.

17.— INCORPORAR A LAS FUERZAS ARMADAS AL DES-ARROLLO NACIONAL, de modo que no sólo sean guardadoras permanentes de la estabilidad fronteriza y de la soberanía nacional, sino que factor dinámico y efectivo del progreso educacional, técnico y económico del país.

Debe dotárselas, al efecto, de los medios necesarios para el cumplimiento integral de sus funciones propias, y para acoger a toda la

juventud en edad militar, que no debe eludir su escuela de disci-

plina, solidaridad y sacrificio.

El servicio militar del trabajo y la expansión colonizadora dentro del territorio nacional, con la cooperación de sus elementos activos y en retiro, constituyen importantes objetivos de su acción.

18.— ASEGURAR UNA EFICIENTE PREVISION SOCIAL, única, integral e igualitaria, que cubra los estados de necesidad, la salud del pueblo y ayude a la mantención de la familia. La previsión social debe proteger la capacidad de trabajo de los chilenos y no fomentar el ocio ni las jubilaciones prematuras. Debe organizarse el crédito social para otorgar sus beneficios a todos los asalariados, eliminar del actual sistema previsional todo cuanto constituye discriminación, privilegio e injusticiá, y reducir su frondosa organización burocrática, en su mayor parte innecesaria.

19.— FORTALECER LA CLASE MEDIA, como estrato fundamental de la sociedad chilena, producto de la evolución, el trabajo y la cultura, y defensora permanente de la libertad, la democracia y el patrimonio histórico.

El Estado debe promover la evolución económico-social del país impulsando el ascenso de los grupos proletarios a la clase media en lugar de proletarizar a ésta. Es indispensable evitar su quebrantamiento económico y alejarla de la inercia burocrática, promoviendo el esfuerzo personal, posibilitando su educación técnica y universitaria, y creando mejores oportunidades de empleo a través de la ampliación y diversificación económica.

D.—NUESTRA MISION

Hemos dicho que los pueblos tienen existencia histórica cuando viven para una misión. Todo pueblo que pierde sus metas y agota sus objetivos comienza a entumecerse, a degenerar o a caer en un estado puramente biológico, a menos que un nuevo espíritu venga a señalarle a ese mismo pueblo una nueva misión que realizar.

Esta es la tarca. Señalar la misión que corresponde a nuestra época y restablecer nuestra dignidad de hombres libres y de nación soberana. Es necesario rechazar la conciencia dependiente y la actitud mendicante.

Hemos sustentado y sustentaremos una posición nacionalista constructiva y unitaria, despreciando el odio de quienes militan en partidos internacionales. Hoy son muchos los que hablan de nacionalismo. Incluso algunos que hasta ayer le negaban vigencia.

Existe un cambio de actitud, a pesar del esfuerzo sostenido y programado para desarraigar a los chilenos de su patria y de sus tradiciones culturales. A pesar de que en los programas escolares se desalienta la enseñanza de la historia y la geografía de Chile. A pesar de la tergiversación maliciosa de la obra de las generaciones pasadas. A pesar del empeño por atar a Chile a los intereses de potencias extranjeras.

Estamos abriendo una senda hacia el futuro. Hemos derribado los falsos ídolos. Atrás han quedado conceptos caducos: Izquierdas, derechas, socialismo, capitalismo. Los problemas de nuestra época son reales y no teóricos, y los encaramos con realismo y soluciones técnicas y científicas, dentro de una concepción fundamentalmente chilena.

Pero las ideas no valen más o menos que los hombres que las sustentamos. Es necesario que los nacionales demos testimonio personal de patriotismo, vocación de servicio, rectitud y eficiencia, capacidad creadora, fe en el porvenir y rechazo a las ideas y los símbolos de la decadencia.

Para los jóvenes chilenos llegó el tiempo de elegir entre vivir como águilas o como aves de corral. Escoger entre la realización de un destino personal y nacional, el riesgo de la aventura, la pasión por la libertad, el peligro de la lucha, la tensión vital para conquistar cumbres y horizontes, o la frustración de una existencia doméstica, sin riesgos ni aventura, sin grandeza ni destino.

INDICE

	Nuestro lla	mado	3 4
I	Una nueva época		
			5
ш			7
IV		10	14
-			16
V	La realidad de Chile		10
	^	Creación	16
			18
	B.	Decadericia iiiii iiiii iiiii iiiii iiiii	
	C.	Chile: ¿Un país capitalista?	20
	D.	Renovación	22
	E.	Integración	24
	F.	Participación	25
	G		28
	н	Realidad geopolítica	32
	2701	rteandad geoportica	-
37T	El Partido	Nacional	33
AI	El Tarrido	14acionai	
	Α.	Patria	33
	B.		34
			35
		Programa	42
	D.	Nuestra misión	44

INDICE

Partido Nacional - Chile - Enero 1972